Samuel Sanabria Carmona*

El tacto del delirio

Vea que se lo advertí, no monte a Cacica que seguro lo lleva a ver al diablo. Mientras se quitaba la espuma de cerveza del bigote, Toño, un anciano demacrado con un parche remendado en el ojo derecho, insistía al joven, con tono de presagio, que su yegua de pieles plateadas podría llevarlo por un camino nefasto.

Aquel joven cuyo nombre desconozco, ignoró por completo la sentencia. Partió rápido hacia la vereda aquella noche sin luna. Comencé a percibir un aroma extraño que no lograba distinguir, mientras el galope de Cacica se perdía en la espesa bruma.

—Ese… mañana no amanece —dijo el viejo Toño malhumorado.

Quejumbroso y tambaleándose se sentó junto a mí en el bordillo de aquella esquina, donde los faroles iluminaban apenas un trecho de la calle desolada, y donde un guayacán recién talado servía como amarradero para los caballos.

El olor amargo que acompañaba al silencio luego de la partida del joven, me inquietaba. Desconocía de dónde podía provenir la advertencia del viejo borracho. Parecía más un oráculo previniendo un futuro siniestro, uno que ahora estaba tan interesado en conocer.

—Cacica como cualquier equino conoce el camino a la vereda María tan bien como conoce los ríos donde los pastores sacian su sed, ¿o acaso cree que su lomo cansado no sabe dónde descansan sus propias pezuñas? —dije en tono de burla, cortando con el silencio.

—¡Este pelao no sabe nada! Conozco bien los temores de los vivos, y los pesares sufridos por no hallar a los muertos —apretó la mandíbula—. Mijo, por algo vendí el caballo mío, el diablo sabe más por viejo que por diablo.

Parecía estar hablando de incoherencias nacidas en los setenta y siete años de cuentos y espantos que azotaban su escamosa espalda.

—Insisto que esa maldita yegua lo llevó adonde todo necio termina.

—¡Dígame entonces adónde se dirige ese joven! —dije bruscamente—, claro, si cree usted ser más sabio que los trotamundos de estas tierras.

—¿No te echaron el cuento del cojo Pabón? Ese pedazo de loco salió una noche borracho. Llegó varios días después, arrastrándose, sin su caballo, con los ojos completamente emblanquecidos —el viejo pasó saliva espesa y comenzó a mirar mi caballo como si este fuera aquel mal del que parecía querer huir. Sin quitarle la mirada, agarró el valor de un caporal, empuñó su escapulario y continuó—: Tiempo después se arrancó los ojos, dijo que no dejaba de ver una planta con dedos que lo buscaba en sueños, incluso cuando quedó ciego. Mijo, si hubieses nacido en mi tierra, sabrías de lo que hablo.

El viejo se levantó suspirando, alimentó nuestros faroles con el poco combustible que nos quedaba mientras entre susurros comenzó a contar algo como si alguien fuese a escuchar.

FITOANTROPOMORFAS

—Se llama «Tradescantia pallida», pero la conocen como «De'o de Delirio», al menos así llegó diciendo el cojo Pabón. Una enredadera grotesca con dedos putrefactos en las puntas, uñas mugrientas y desagradables, señalando siempre a los sitios más oscuros, allí es donde brota. Tira un humo morado que atrae a los caballos, el sabor de sus tallos los deja enloquecidos, buscando despavoridos más de aquella planta, los aleja del camino. Dicen que crece en las noches sin luna, como esta, pero Pabón salió con luna menguante y apareció espantado durante una creciente.

Miré a mi alrededor. ¿Acaso será eso el olor que percibo? Me quedé en silencio. Mis ojos comenzaban a cansarse, los matices de los colores que veía comenzaban a cambiar, veía todo un poco más violeta.
—Arranquemos ya —dijo.

El viejo me amarró a los estribos y me ayudó a montar mi caballo, no debí beber demasiado. La incertidumbre de si era cierto o puro cuento de tragos, me tenía con un ojo cerrado y el otro apuntando directo a la vereda donde me quedaba. Con la poca valentía que aún tenía, decidí preguntarle al viejo.

—Viejo Toño, si usted conoce como a su palma aquel mal, ¿no será que usted miró al diablo a sus ojos? —dije con voz temblorosa.

El viejo acercó el farol a su rostro, se levantó el parche. Su ojo derecho no estaba, de la cuenca brotó una enredadera de color morado con dedos en sus puntas que no dejaban de señalarme. Sopló sutilmente el farol y la llama se apagó. Sentí como se acercó a mi oído aún consciente, y como si de un secreto se tratase, susurró un presagio que ahora, yacía sobre mí:

—Vaya con cuidado, vea que yo se lo advertí.

* Miembro del Taller de Escritura Creativa Cuento y Crónica de Cartagena.

Bambuca del muerto